

que los norte-americanos invadieron aquel país, ¡cuánto había cambiado de faz! Una cadena no interrumpida de revoluciones, que sembrando en el pueblo la esperanza de una felicidad sin término, hacia recoger abundante cosecha de desengaños, acabó de matar su fé política: los constantes sacrificios hechos de sangre y de dinero para elevar á hombres que mentían sentimientos patrióticos que contrastaban con sus obras tan luego como subían al poder, fueron introduciendo la desconfianza en la nación que, cansada de verse burlada de continuo, llegó á dudar de todos los que hasta entonces había calificado de probos y honrados. Los principios de libertad, de esa justa libertad que es la sávia fecundante del entendimiento, y sin la cual mueren los pueblos como las plantas sin el sol: ese don precioso de la Divinidad, sin el cual no podría el hombre decir que estaba hecho á imágen y semejanza de Dios: esa rueda motriz de la inteligencia que da impulso á la agricultura, al comercio, á las ciencias, á las artes, á la industria y á las naciones lo mismo que á los

individuos; ese bien inapreciable que cada aspirante al poder preconizaba como un hecho que disfrutaria el país, y que cada gobierno, olvidándose de sus promesas anteriores, lo convertía en palabras sin sentido, en mentira, en tiranía, en intolerancia y despotismo, acabó de introducir en las clases trabajadoras y honradas de la sociedad ese desaliento en que cae el enfermo cuando no encuentra remedio á sus dolencias, cuando ve que todos los encargados de curarlas, lejos de disminuir sus males los aumentan.

No tenía, pues, el pueblo cuando la invasión norte-americana, ni fé en el gobierno, ni confianza en los jefes que había elegido, ni esperanza en el porvenir; y sin embargo del triste estado á que los malos gobernantes habían conducido al país, México hizo sacrificios que otra nación, en su estado, tal vez no los hubiera hecho; y en la Angostura, en Molino del Rey, en Churubusco y en las calles de la capital manifestó con rasgos de valor que yo presencié, pues me hallaba entonces allí, que bajo un gobierno

justo y paternal, ninguno de sus vecinos invasores hubiera salido de la República.

Perdóneseme esta digresion, en obsequio del buen nombre de los hijos de aquel hermoso suelo, y continuemos la relacion de los acontecimientos que dejamos interrumpidos.

Hemos dicho que á pesar de haber perdido los mexicanos en el terrible combate de la Barra, cerca de dos terceras partes de su fuerza, luchaban todavía con un valor que admiraban sus mismos contrarios.

Pero todo era ya inútil. Muertos ó heridos los principales jefes; retirado del campo de batalla el caudillo que los mandaba, por estar herido de una pierna, sembrados los fosos y el campo de intrépidos soldados, prolongar la lid hubiera sido poco menos que un crimen.

Conociendo esto el oficial que habia sucedido en el mando á Lemus, dispuso la retirada; ordenó su gente y volvió con los restos de la columna al Paso de Doña Cecilia, donde se encontraba el general Terán. Este entendido jefe, que habia previsto aquella

desgracia, y que antes de dar el asalto habia procurado disuadir á Santa-Anna de su intento, diciéndole: "compañero, los ataques de noche tienen graves inconvenientes; durante la oscuridad, podremos situar piezas de artillería que paralelas rompan sus fuegos sobre el fortin, cuya débil estacada vendrá pronto al suelo, y nuestras tropas podrán mañana apoderarse del punto, sin sufrir mas que insignificantes pérdidas;" este entendido jefe, repito, hizo que se atendieran á los sufridos soldados, como eran acreedores por su brillante comportamiento.

Santa-Anna comprendió, aunque tarde, la imprudencia que habia cometido, sacrificando la vida de tantos valientes sin necesidad ninguna.

Terminado el combate, D. Andrés saltó el foso en busca de su sobrino, seguido de Enrique y del cadete con quien habia tenido el desafio.

—¡Ramirez! ¡Ramirez!....

Exclamó el anciano estrechándole entre sus brazos con el cariño de un padre que va á perder al hijo de sus entrañas,

El jóven abrió con dificultad los ojos, los fijó un instante en el hombre que le hablaba, le envió una mirada de gratitud; y estrechándole la mano, le contestó:

—¡Ah!.... ¡gracias á Dios que veo á vd. antes de morir!....

Los ojos de D. Andrés se llenaron de lágrimas.

—¡Morir!.... ¡tú morir, hijo mio!....

Y el anciano no pudo continuar.

—Sí;—respondió Ramirez, con voz sepulcral:—¡mi vida solo durará algunos instantes!.... Yo que hace un instante soñaba en triunfos y grados, ahora solo tengo un pensamiento.... ¡mi madre!... ¡pobre madre mia!.... ella, ella solo ocupa en este momento mi corazon y mi memoria!.... No la diga vd., querido tio, que he muerto, porque la pobre moriria de pesar!.... ¡y yo no quiero que muera por mi causa!.... ¡La adoro tanto!....

—Tal vez no sean graves tus heridas:—respondió D. Andrés.—Contenida tu sangre que aun te queda, acaso vuelvas á recobrar

tus fuerzas y á ser el consuelo de esa amorosa mujer que te dió la vida.

Y el anciano suplicó á Enrique, le ayudase á llevar á su sobrino al fortin.

—No, ¡no hay que moverme, por piedad! exclamó Ramirez:—mis heridas son graves y conozco que nada puede ya salvarme. ¡Dejadme, pues, morir, sin hacerme padecer!.... Y tú, amigo mio—continuó dirigiéndose al cadete con quien habia tenido el duelo—perdóname si pude ofenderte esta tarde!.... te suplico que no me guardes rencor en estos sublimes instantes, y que me permitas que te dé al morir el nombre de amigo que siempre te di en vida.

—Sí, Ramirez:—contestó el otro cadete cogiéndole la mano—soy tu amigo, y tu amigo verdadero.

—¡Gracias!.... ¡gracias!....!

Y Rafael estrechó con su débil y fria palma, la vigorosa de su compañero de armas.

—¡Ah!.... ¡Dios mio!....—exclamó D. Andrés con el acento del mas profundo dolor.—¡Será posible que esté condenado á

ver desaparecer de mi lado á todos los que forman mi familia!....

—¡Tio!....—dijo Ramirez con débil y trabajosa voz, fijando sus moribundos ojos en el anciano:—vd. aún tiene objetos caros sobre la tierra.... Dios sabe lo que á cada cual le conviene.... no hay mas que conformarse con su voluntad.

—¡Objetos caros sobre la tierra!....

Pronunció el anciano con acento de duda y de dolor.

—Sí. ¡Pilar!....

Contestó Ramirez mas bien con el aliento que con palabras.

Don Andrés pareció al escuchar aquel nombre, despertar de un largo sueño: su rostro se animó de repente, y olvidándose aun del triste estado en que se encontraba su sobrino, le preguntó con la mas pronunciada avidez.

—Dime, ¿era por ventura ella la mujer con quien te encontraste en Altamira?.... ¡Ah!.... respóndeme la verdad por la vida de tu madre!....

—No; no era Pilar....

—¡No?.... ¡Pues quién era, que aun no me has querido decir su nombre?

—Matilde.... una actriz que....

Y Ramirez no pudo continuar. La sangre que sin cesar habia salido toda la noche de once heridas que contaba en su cuerpo, habia agotado sus fuerzas. Conoció que el último instante de su vida habia llegado: fijó en su tio sus azules ojos velados en aquel momento por las sombras de la muerte: abrió con trabajo sus secos y blancos labios; y pronunciando estas palabras ¡madre mia!... ¡pobre madre mia!... dejó de existir cuando apenas entraba en el umbral de la vida.

Así terminó la carrera de aquel intrépido cadete, cuyos hechos, ocultos hasta ahora en el diario manuscrito de uno de los oficiales expedicionarios, he procurado narrar sencillamente. ¡Ojolá que mi frágil pluma haya conseguido sacar del olvido su nombre, para que otra mejor cortada le haga vivir en la historia como merecen todos aquellos que por medio de sus virtudes patrióticas, se elevan sobre la esfera comun de los hombres.

Si este personaje hubiera sido creacion de mi fantasía, un ente novelesco y ficticio, yo le hubiera destinado un lugar menos sangriento en las escenas de mi libro; pero fiel narrador de los hechos históricos, he respetado los fueros de la verdad, y he referido lo que realmente pasó.

Don Andrés permaneció por algunos instantes abrumado con el peso del dolor, mudo y sin exhalar un gemido, junto al yerto cuerpo de su sobrino.

Pero aquel silencio, aquella falta de lágrimas que se advertía en sus ojos, y que cualquiera hubiera atribuido á fortaleza de espíritu, no era mas que el postramiento que sigue á una desgracia grande y repentina: el golpe eléctrico que apenas nos da tiempo para pensar en lo que ha pasado.

Era que tantas penas acumuladas en breve tiempo sobre aquel amoroso corazón, habian consumido su energía, haciendo que permaneciera, insensible el rostro, cuando el alma escondia en el fondo la pena desgarradora, como bajo el trasparente y sereno

hielo que cubre la superficie de un rio helado, corren bramando las inquietas ondas.

D. Andrés hubiera permanecido en aquella actitud largas horas, si Enrique no hubiera tratado de sacarle de su doloroso éxtasis.

—Amigo mio—le dijo:—permanecer por mas tiempo así podria perjudicarle á vd. mucho; es preciso hacernos superior á las desgracias, y no dejarnos abatir por ellas.

—¡Ay, D. Enrique!—exclamó el anciano con el acento de la mas profunda tristeza—la desgracia es un castigo del cielo, y hacerme indiferente á ese castigo, seria manifestarse el hombre criminal. ¡Está visto que estoy condenado á presenciar la muerte de todos los objetos que amo!.... ¿Por qué llegué á conocerle, si le habia de perder tan pronto?....

Y D. Andrés se quedó contemplando las facciones de Ramirez, que tanta semejanza tenian para él, con las de su adorada Pilar.

—Es preciso que le saquemos de aquí, y le demos digna sepultura.

Volvió á decir Enrique.

—Si, tiene vd. razon:—respondió D. Andrés—así podré visitar su sepulcro, y elevar junto á sus cenizas una súplica por su alma.

—Pues conduzcámosle al instadte dentro del fortin.

Y Enrique, auxiliado del cadete que debió batirse, cogieron el cuerpo de Ramirez y penetraron á los pocos instantes en el reducto, seguidos del infortunado D. Andrés.

## CAPITULO XXIV.

Capitulacion de la expedicion española el 11 de Setiembre.

Barradas, que habia escuchado toda la noche el nutrido fuego del fortin de la Barra, sin poder enviarle socorro ninguno por hallarse los mexicanos interpuestos, como he dicho en otro capítulo, en el camino de Tampico á la Barra, en el sitio llamado Doña Cecilia, elevó el dia 11 bandera de parlamento para continuar las negociaciones interrumpidas, y evitar así nuevo derramamiento de sangre, que en nada podia mejorar su crítica posicion.

Falto de todo auxilio y recursos, abandonado del capitan general de la Isla de Cuba, Vives, que desde un principio habia